



MIRANDO LA CERRADURA

MORIR EN BERLÍN

Carlos Cerda 1942
Planeta Santiago, 1993
250 páginas



Mario, el protagonista, un chileno exiliado en Berlín Oriental, recuerda de pronto la maña que tenía (¿que tiene todavía?) la cerradura de la puerta de la casa de su padre en calle Seminario. Para lograr abrirla era necesario mover la llave de cierta manera, aprender esa maña. "No, no. Tienes que retirarla un poquito cuando llegue al fondo, después la subes y listo, ya está", le dice su padre. Mario, entonces, se da cuenta de que "durante años la cerradura tuvo ese desperfecto y nunca se llamó a un cerrajero. Toda la familia fue aprendiendo la maña -porque es cuestión de maña, nos decía el viejo". Así, para Mario, la cuestión del manejo de la cerradura llega a ser "el factor más seguro de cohesión en la familia". En cierto modo, la novela *Morir en Berlín* toma en mi mente la forma de la cerradura y su maña. Los exiliados chilenos en Berlín, que la novela nos pone delante, viven mirando la cerradura y tratando de aprender su maña. Pero, en verdad, no se trata de una cerradura sino de, a lo menos, tres cerraduras: la de la Corollera (tapada por una "L"), la del Muro y la de la propia sociedad del "Primer Estado de Obreros y Campesinos en Suelo Alemán", que los acoge como huéspedes y los administra a través de la "Oficina". "Prefiero equivocarme con la Oficina, antes que tener razón contra la Oficina". Así entiende el viejo ex senador, Don Carlos, que ha estado en el campo de concentración de Chazabuco, "la cuestión de la lealtad". A estas tres cerraduras públicas se añade una cuarta, de tipo personal: el matrimonio con Lorena, que el protagonista quiere romper.

La novela está narrada, en gran parte, desde un "nosotros"; una suerte de coro griego, compuesto por el conjunto de los exiliados, que viven en lo que

ellos mismos, con ironía, denominan "el ghetto". Se trata de un sujeto colectivo que observa los acontecimientos con serena atención, que comprende y, sin embargo, es sumamente inquisitivo, preciso, curioso. Desde un punto de vista formal este narrador es uno de los principales aciertos de la novela. Porque se trata de un sujeto indelible. Calza admirablemente con la mentalidad del grupo de donde se origina y con la situación vital en que se encuentra. Vivir de cara a la cerradura los iguala y confunde en una sola entidad indiferenciada. Ellos saben de qué se trata. Han sido testigos colectivos. Su visión está controlada por la de los demás. El lector u oyente imaginado por el texto forma parte de ese mismo grupo y también sabe o puede llegar a saber por su cuenta. No puede ser engañado impunemente. En su relato, desarrollado linealmente como si fuese un testimonio, el lector real confía ciegamente. En un par de ocasiones, relativas a los padres de Lorena, un diálogo de muchas voces sustituye a la narración con extraordinaria eficacia dramática. En muy pocas líneas el autor logra aquí transmitir todo un cúmulo de informaciones con un alto voltaje emotivo.

Sobre este trasfondo se recortan las figuras principales que, en algunos momentos, asumen la voz narrativa: Mario, que se desempeña como profesor universitario y ha publicado un libro de cuentos; su esposa Lorena, que desea irse a México con los niños para retomar su carrera de actriz, interrumpi-

da por el exilio; Don Carlos, el paternal aunque severo jefe de los exiliados que está viejo y enfermo, pero sigue siendo leal al sistema y pierde la calma ante el virus de la disidencia que se esparce entre sus filas con la misma pertinacia de ese cangrejo que le apreta el estómago y hace sonar sus tripas. Don Carlos vive en un edificio de veinte pisos cuyos habitantes tienen "en común no sólo su calidad de ancianos sino la común condición de ser viudos recientes". El ex senador odia el olor de los viejos que le hace pensar en la muerte. Por eso trata de no estar en el edificio a la hora en que llegan todos los viejos de pasar a sus perros. Demora, entonces, su regreso a casa en un supermercado donde se queda olfateando el tabaco o la fruta fresca. Esta imagen del hombre enfermo olfateando la vida en los productos del supermercado se graba y le confiere al personaje ficticio una existencia casi palpable. En la novela abundan imágenes como esta: sencilla, precisa, reveladora y, cosa más difícil, capaz de suscitar afecto.

Estos personajes circulan por una ciudad dominada por la nieve que aparece una y otra vez recordándole al lector que los habitantes del ghetto vienen de otro mundo en el cual la Navidad significa el comienzo del verano. La nieve en esta novela marca siempre el paisaje ajeno, extraño, que desorienta, a veces, a pesar de su belleza, como le ocurre al viejo senador al dirigirse a Berlín Occidental a solicitar una visa que le permita regresar a Chile. Lorena "abrió la ventana a pesar del frío y se quedó mirando la multiplicación de edificios que no terminaban, ahora todos con las ventanas oscuras: un desierto de cemento, la prefiguración de un cementerio, el anticipo del final. La nieve silenciosa era también parte de ese indeciso anticipo". No así para Leni y su amiga, alemanas ambas. Para ellas la Alexanderplatz era "blanca como una luna recién caída" mientras "sentían el aire limpio y una fragancia de agua suspendida, intocada".

La salida del mundo chato y desalentado del ghetto se produce gracias a Fiva. ¿Qué puede haber visto en Mario la hija del ministro? "Sabíamos que al

Reseña no 15, 1994.

Mirando la cerradura [artículo] Arturo Fontaine Talavera.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fontaine Talavera, Arturo, 1952-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mirando la cerradura [artículo] Arturo Fontaine Talavera. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile